

## EL ZAPATITO DE ORO

### I

#### EL JUGLARCILLO

—Finalmente, que no os acompaño.

—Pues hasta luégo, Gus; nosotros nos retiramos ya al mesón del Gallo; va entrando la noche, y ya estará nuestro maese Guillermo aguzando sus uñas de ave de rapiña, para apoderarse de nuestras miserables ganancias.

—Id con Dios. Yo no me atrevo a presentarme a maese Guillermo con las manos vacías.

—¿Y qué vas a recoger siendo ya tan tarde?

—¡Dios dirá!

Este diálogo lo sostenía un grupo abigarrado y pintoresco de muchachos y jóvenes titiriteros, farsantes de corral, artistas callejeros y cantores trashumantes de líladas populares.

La escena tenía lugar en una encrucijada de calles torcidas y estrechas, allá en una de las poblaciones de Flandes, que más acababan de sufrir en los repetidos alzamientos contra la dominación española, y sobre todo por los atropellos y vejaciones de las tropas de herejes con que unas veces Alemania y otras Inglaterra y Francia habían pretendido auxiliar a los flamencos.

Muy soliviantados se hallaban todavía los ánimos; como suele decirse, no estaban para músicas, así que nuestros interlocutores habían sacado aquel día en general poca ganancia de sus respectivas habilidades; y por esó se retiraban algún tanto mohínos a dormir en un mal pajar de un mesón de las afueras, después de pagarle al jefe de todos, maese Guillermo, la odiosa contribución, que imponía a cada uno de ellos del fruto de sus más o menos artísticos sudores.

Pero quien más mohíno y triste y desesperado quedaba allí solo, viendo alejarse a sus compañeros de vida errante, era el juglarcillo Gustavo, a quien todos llamaban Gus, o, aludiendo a su aristocrática procedencia, *el doncel*.

El jefe de la banda le robó a su familia hacia unos diez años, cuando apenas contaría cinco, y llevándole con su gente por unos y otros países, a fuerza de malos tratamientos y de crueles hambres, le enseñó a tañer el laúd y a cantar con su voz de ángel *cantares de gesta*, cuando se topaban con gente de guerra, trovas de amores, cuando divisaban a alguna dama tras alguna celosía, y hasta cántigas piadosas, cuando pedían limosna en alguna abadía o retirado monasterio.

Y en verdad que hasta la apostura y ademanes de Gus y la manera de vestir su pintoresco traje, descubriría a tiro de ballesta que le habían llevado a bautizar en ricos pañales, y de ningún modo pertenecía a la baja ralea de sus compañeros de fatigas.

Un paje de su edad y estatura, compadecido de él, le había dado, en cierta ocasión, un juboncillo, que había sido de seda carmesí, y un ferreruero, que había sido verde-mar y era verde-botella: Gus por su cuenta había formado de retazos de terciopelo negro, ya muy chafados, una muy graciosa gorra, que sujetaba su rubia y abundante cabellera, y la había adornado con una blanca pluma de cisne, que se encontró a la orilla de un estanque; unos gregüescos de variedad de remiendos y unas calzas pardas, por cuyas extremidades empezaban a quedar al descubierto algunos dedos de los pies, completaban el singular traje de nuestro trovador, que llevaba el laúd terciado a la espalda y pendiente de una especie de bandolera.

Pocas fisonomías más agraciadas y pocos ojos más inteligentes y dulces que los ojos azules de nuestro *doncel*.

Y en verdad que el pobre niño por las dotes de su alma era digno de mejor suerte. Le repugnaban tanto las soeces e inmundas costumbres de sus compañeros, que en el punto y hora en que hemos trabado conocimiento con él estaba resuelto a huir para siempre de ellos, confiando en la providencia de Dios y en el amparo de María Santísima.

Con este intento, cuando los perdió de vista, se internó por un laberinto de calles y callejuelas y se dirigió a la iglesia de Nuestra Señora para implorar su protección, entrando en el grandioso templo por una de las puertas laterales, sin ser notado, y teniendo la precaución de ocultar bajo su ferreruero su laúd.

¿Qué dijo la Virgen al pobre niño en aquella solitaria iglesia? ¿cuánto tiempo estuvo absorto en sus oraciones aprendidas en mejores días en el regazo de la madre de cuyos brazos había sido arrebatado? ¿quién lo podrá saber, si el mismo Gus no lo sabía?

Cuando volvió en sí, saliendo del rincón de la nave en que estaba, se encontró en medio de la oscuridad enteramente solo, tuvo miedo y trató de buscar la salida; recorrió todas las puertas... en vano; todas estaban cerradas.

La Virgen le había hecho su prisionero.

## II

### NOCHE DE EMOCIONES

Nuestro Gus se halló por largo espacio de tiempo perplejo: pensó gritar, pero no se atrevió en medio de aquel imponente silencio. Pensó esconderse con su inseparable compañero, el laúd, en cualquier rincón de cualquier capilla, pero el miedo de que se hallaba poseído no le permitía dar un paso, y la oscuridad no le dejaba hacerse bien cargo de los objetos que le rodeaban.

Poco a poco sus ojos fueron acostumbrándose a las tinieblas, que sólo disipaban acá y allá algunas mortecinas lámparas de las capillas laterales y las dos hermosísimas que alumbraban en el retablo del altar mayor la imagen de María con el divino Niño en los brazos.

No hay que darle vueltas—dijo hablando consigo Gus—aquí tengo que pasar la noche; hay que dormir, pues, un poco; después, al rayar el alba, en cuanto abran la primera puerta, me deslizo sin ser visto y a todo correr me alejo de esa banda de desalmados que han sido tantos años mis compañeros, y me voy por esos mundos de Dios en busca de mi tierra, de mi país, que no sé a punto fijo cuál es, y en busca de mis padres, de mi madre querida, que no sé dónde estará...

Con estos proyectos y resoluciones, el pobre jugarcillo se encaminó a uno de los confesonarios que divisó más cerca, y acomodando con tiento en uno de sus ángulos el laúd, para que no se rompiera, se acurrucó en la tarima como pudo, y después de santiguarse y cerrar los ojos y cubrirse hasta las cejas, embozándose en su ferreruelo, trató de conciliar el sueño.

Todo en vano: el sueño huía de sus párpados y los terrores y espantos de su singular situación fueron cada vez más en aumento.

Ya oía lejos en el fondo de las naves como pasos sigilosos que se acercaban a él; quizás le habían descubierto y venían a prenderle como a ladronzuelo profanador de las iglesias. Ya se agitaba su corazón con extrañó sobresalto con el chirrido especial de las lechuzas de quienes había oído contar tan temerosas consejas; ya se incorporaba estremecido y bañada de frío sudor la frente, porque estaba cierto de que algo había pasado y vuelto a pasar, rozándole con sus alas; y, en

efecto, no se engañaba, pues allí abundaban los murciélagos. ¡Imposible dormir ni reposar!

Gus se puso de pie resuelto a rechazar sus pueriles terrores. Y se le ocurrió lo que ocurre a los que en la oscuridad tienen miedo: cantar. Y juntamente se le ocurrió que a nadie mejor podía ofrecer sus trovas que a la Virgen, poderosa para librarle de todo mal en aquella angustiosa noche que parecía eterna.

Y dicho y hecho: coge su laúd, lo templa, y encaminándose ante el altar de María, empieza a respun-tear en sus cuerdas un delicado arpeggio de introducción a una piadosa cántiga. ¡Trémula estaba su mano y más trémulo su corazón! Alzó los ojos a la sagrada imagen y le pareció que la Virgen le sonreía como invitándole a que cantara.

Hasta entonces no se había fijado Gus en lo hermosa que era su Madre y en lo precioso que era el Niño que sostenía en su brazo izquierdo. Rica corona ceñía la Virgen en sus sienes, y riquísima de oro y pedrería ceñía la frente de Jesús, cuyo cuerpo cubría un trajecito del más exquisito brocado, festoneado de encajes de gran precio y adornado de sartas de perlas. Y la candorosa piedad de los fieles había pensado hasta en calzar los piecitos del Niño con dos zapatitos de suela de oro y bigoterías de seda y piedras preciosas.

A nuestro trovador le parecía que era verdad, que la Madre y el Hijo le sonreían y le invitaban hasta con sus ojos a que diese comienzo a su cantar. Entonces, acompañándose del laúd y empezando con voz sumamente tenue y temblorosa por la emoción, mezcla de temor, de respeto y de cariño, elevó hasta las bóvedas del templo, en medio de aquel augusto silencio, la sentida melodía en que estaban engarzadas estas estrofas:

En los zarzales—de los linderos  
 Anidan los pardales—y los jilgueros:  
 Santa María,  
 Señora mía,  
 Madre de amor:

¡Yo he de buscarme un nido mucho mejor!

Como en los llanos—y en los pensiles  
 Le temo a los milanos—y a los reptiles,  
 Hacia tu seno  
 De amores lleno,  
 Mi amor se va:

¡El nido que yo busco muy alto está!

Ave sin nido—que llora y canta  
 Hasta ti su gemido—mi amor levanta:

¡Gracias, Señora!

Conozco ahora

Tu compasión:

¡Tú por nido me ofreces tu Corazón!

Mientras cantaba conmovidísimo Gus, sus ojos no se apartaban un punto de los ojos de la Virgen.

Un religioso espanto le obliga de pronto a enmudecer, porque observa que la Virgen, no sólo le mira y le sonríe, como si estuviera viva, sino que se mueve dentro de su alta hornacina! ¡Se mueve, sí, no puede dudar!

Y así como las grandes señoras desde sus ventanillas, después de oírle cantar alguna trova, arrojaban al juglar alguna moneda, así en esta ocasión Nuestra Señora la Virgen María tomó con la mano derecha el zapatito del pie izquierdo de su Niño y se lo arrojó a su trovador como riquísima limosna.

Si Gus pudo no creer hasta entonces a sus ojos, tuvo que creer a sus oídos y a sus manos, pues el zapatito cayó sobre el ara del altar produciendo un sonido metálico, y Gus pudo recogerlo, no sin vivísima

conmoción de todo su ser ante tal prodigio, y pudo besar y regar con lágrimas de agradecimiento y amor aquel zapatito del Niño.

### III

#### AGONÍA DE MUERTE

Las oleadas del populacho iban creciendo e inundando las calles y las plazas de la población flamenca. Los gritos, las frases entrecortadas, el clamoreo, que ensordecía el aire, eran indicios del furor que se desencadenaba en los corazones heridos en las más delicadas fibras, las fibras de la fe. Nada hay más irresistible que un pueblo furioso a quien se provoca insultando su religión; y aquellos flamencos, aun los peores, amaban a su Virgen más que las niñas de sus ojos.

A duras penas podían contener los ministros de la justicia y algunos soldados llamados en su auxilio las arremetidas de la arremolinada muchedumbre, que juraba y perjuraba les había de arrebatarse el preso de las manos.

—¡Matarlo! ¡matarlo!—vociferaban unos.

—¡A la hoguera! ¡a la hoguera!—gritaban otros—Ese debe ser algún aborto del infierno, algún engendro de herejes, de esos que se burlan de la Virgen.

—Algún demonio debe ser—gritaba una vieja que tenía cara de lo mismo.

—Pues mire usted, comadre—replicaba otra—lo que es él, cara de ángel ya tiene; pero estos hipócritas farisantes todo lo fingen.

—Y qué pronto ha empezado la carrera de ladrón de iglesias.

—¡Pero pronto la acabará, hoy es su último día!

—¡Sí, sí, para que no haya víboras, matar a los viboreznos!

—Hay que acabar con los cachorros, si queremos limpiar de lobos nuestra tierra.

—¡Y se atreve el muy mentiroso a decir que la Virgen le dio el zapatito de oro!

—¡Abran paso a la justicia!—gritaban los soldados.

—¡A la hoguera! ¡a la horca!

—¿Cómo queréis que se le condene sin oírle? ¿Por qué no admitir lo que dice? La Virgen está muy alta para que este infeliz haya podido encaramarse hasta allí a robar sus alhajas.

—¡Estos canallas de juglares y titiriteros trepan por cualquier parte como monos, y son capaces de todo! ¡Muera ese perro judío, engendro de herejes!

—¡Señores, paso a la justicia!

—¡Que le quemen, que le quemen juntamente con el laúd que lleva a la espalda!

—¡Señores, paso, paso, que le llevamos para sujetarlo a cuestión de tormento!

—¡Sí, al tormento! ¡Que declare sus cómplices!

—¡A la rueda! ¡al tormento!—vociferó entonces, aulló con crueles voces de alegría la multitud, llevando como en volandas hacia adelante al grupo de los esbirros y soldados, en cuyo centro iba nuestro pobre doncel, nuestro juglarcillo Gus.

\* \* \*

Lo que había sucedido no es difícil de adivinar. Con esa impremeditación e ingenuidad propia de los pocos años, Gus se había llegado al día siguiente con su zapatito de oro a una de las tiendas del barrio de las platerías, para que le diesen por él lo que quisieran, pues siempre sería muy bastante para realizar su soñado proyecto de ir en busca de su casa paterna.

El platero, honrado católico, disimulando sus sospechas, y para asegurar así más el golpe, le dio una

buena cantidad por el zapatito de oro y piedras preciosas, y le dejó marchar.

Mas apenas Gus había dado algunos pasos, se encontró en manos de la justicia.

No se dieron por satisfechos los esbirros con las respuestas de Gus; la gente se fue arremolinando. Se enteró a medias de lo que pasaba, y como sucede, lo desfiguró y abultó de tal modo, que a los pocos momentos corría como una exhalación por todas partes la noticia de que una banda de saltimbanquis y rateros había robado las alhajas de Nuestra Señora, de su Virgen querida.

Hasta el Mesón del Gallo llegó el rumor, y todos los compañeros de Gus tuvieron buen cuidado de dispersarse como una bandada de gorriones al oír una detonación. Esto confirmó las sospechas y no fue menester más; el pueblo estaba que ardía, y al encaminarse con su presa hacia el tribunal para sujetarle al bárbaro procedimiento judicial del tormento, hubo instantes en que parecía que, sin más aguardar, la plebe furiosa iba a hacerse justicia por su mano. El pobre Gus temblaba como la hoja en el árbol: el tormento le esperaba, y quizás por la fuerza del dolor al desoyuntarle sus delicados miembros, quizás afirmaríá todo lo que le preguntasen, aunque fuera para su condenación.

La plebe, que por todas las bocacalles engrosaba más y más aquel gentío, se enfurecía cada vez más y más; y sobre todo al dar vista a la iglesia de Nuestra Señora, donde Gus había estado aquella noche, y que se encontraba al paso, fueron tales los clamores de indignación y rabia, que Gus y los mismos soldados temieron perder sus vidas.

Entonces una inspiración misteriosa iluminó la mente de Gus y le dio aliento para clamar:

—¡Por piedad, antes que me matéis, permitidme que me despida de la Virgen!

¡Singulares alternativas de la tornadiza multitud!

—¡Sí, sí, que entre, que entre!—clamaron miles de voces.

—¡Que cante, que cante!—clamaron otros con cierto refinamiento de crueldad.

—¡Diré a la Virgen mi última oración, y le cantaré mi último adiós!—murmuró sollozando el pobre niño.

#### IV

##### EL ADIOS A LA VIRGEN

Las oleadas de la multitud inundaron en un instante las naves de la espaciosa iglesia de Nuestra Señora.

Imposible mantener en orden y respeto aquel mar agitado de cabezas exaltadas y de corazones indignados.

Los esbirros y soldados, a ruegos del pobre Gus, más muerto que vivo, le condujeron ante el altar de la Virgen, hacia donde la multitud se aglomeraba por saciar sus ojos en la, a su juicio, profanada imagen de la Madre y abogada y consuelo de todos.

Un como sordo rugido de indignación y coraje recorrió a manera de escalofrío por toda la muchedumbre que llenaba el templo.

¡Todos lo estaban viendo con sus propios ojos! El divino Niño Jesús aparecía en los brazos de su Madre con su pie derecho calzado y el izquierdo descalzo!

En aquel momento el tembloroso arpegio de un laúd se abrió, por decirlo así, paso por entre los sordos rumores del populacho.

Nuestro juglar, que había sacado ileso como por milagro su compañero de penas, su querido instrumen-

to, preludiaba la misma canción de la noche anterior: algo le decía al corazón de Gus que debía repetirla como su postrer adiós a la Señora, y aunque su garganta más estaba para sollozar que para cantar, sobreponiéndose en cuanto pudo a su indescriptible emoción, comenzó la primera estrofa.

Su voz tenía algo de sobrehumano. Parecía un ángel, pero un ángel que tenía a un tiempo la muerte y la esperanza en los labios.

¡Qué contraste tan cruel había entre su situación y aquel comienzo!

En los zarzales—de los linderos  
Anidan los pardaes—y los jilgueros.

¡Pobre jilguerillo de pintadas plumas a quien había sorprendido en medio de sus trinos un vendaval horrible!

¡Con qué arranque de ternura y de confianza sin límites cantaba!

Santa María,  
Señora mía,  
Madre de amor:

¡Yo he de buscarme un nido mucho mejor!

El mágico poder de aquellos acentos ejerció un influjo avasallador sobre la multitud. El silencio era imponente. Parecía que no había nadie en el templo y que se podían oír hasta los latidos del corazón del pobre niño, que cantaba en medio de su agonía.

La emoción fue creciente en el auditorio, que estaba como fascinado, con el oído atento al cantar y los ojos fijos en la Virgen.

La voz dulcísima de Gus empañada por las lágrimas que, al verse rodeado de tantos enemigos, no pudo contener en la segunda estrofa, produjo en los corazones un sacudimiento eléctrico y como de atracción irresistible hacia la Virgen.

Como en los llanos—y en los pensiles  
 Le temo a los milanos—y a los reptiles,  
 Hacia tu seno  
 De amores lleno  
 Mi amor se va :  
 ¡El nido que yo busco muy alto está!

De todos los corazones se había apoderado un sa-  
 grado terror que obligaba a todos a contener el aliento  
 y a mirar de hito en hito a la sagrada imagen.

En todos se había despertado un confuso presen-  
 timiento de que allí iba a suceder algo desusado, algo  
 grande.

Gus, ya sin fuerzas para sostener su laúd, y con  
 notas que más parecían suspiros y sollozos del alma,  
 clamaba dirigiéndose a María Santísima:

Ave sin nido—que llora y canta  
 Hasta tí su gemido—mi amor levanta:  
 ¡Gracias, Señora!  
 Conozco ahora  
 Tu compasión:

¡Tú por nido me ofreces tu Corazón!

¡Un grito de miles y miles de voces, un grito uná-  
 nime, inmenso, salió de las gargantas de todos! ¡De  
 todos! Porque todos vieron con sus propios ojos que  
 al concluir la última nota, la Virgen extendió el brazo  
 derecho, y descalzando con su mano a su divino Niño  
 del único zapatito que le quedaba, se lo arrojó al afor-  
 tunado juglar.

—¡Milagro, milagro!—clamaron millares de voces  
 ante la imagen de María y del Niño, que aparecía a los  
 ojos de todos con los dos piecitos descalzos.

—¡Viva el cantor de la Virgen! ¡Viva el niño del  
 milagro! ¡Viva! ¡Viva!—exclamaron todos con júbilo  
 indescriptible, delirante.

—¡Ay! ¡qué ángel del cielo!—clamaban las mujeres.

—¡Bendita sea tu alma! ¡Bendita sea la madre que  
 te parió!

—¡Pobrecito mío, y le íbamos a matar!

—¡Viva! ¡Viva la Virgen! ¡Viva!

Y diez forzudos brazos de la gente del pueblo asie-  
 ron de Gus, y disputándose unos y otros la honra de  
 llevarle en hombros, y sacándole con regocijada algazara  
 de la iglesia, le pasearon en triunfo por toda la ciudad.

V

#### EPILOGO

¡Inútil es añadir que los más nobles y poderosos  
 quisieron honrar sus casas con la presencia de nuestro  
 juglarcillo, obsequiándole y regalándole a porfía como  
 a un hijo querido.

Y en verdad que fue el niño mimado de la Virgen.

El Prelado de la diócesis, enterado de cuanto le  
 había sucedido a nuestro Gus, le prohibió, echó mano de  
 toda su autoridad y conocimientos para dar, después  
 de muchas averiguaciones, con el paradero de sus pa-  
 dres; y, por fin, un día dichosísimo tuvo el consuelo  
 de ver el grupo conmovedor que formaban el padre y  
 la madre, al estrechar contra su corazón al hijo que  
 creían muerto o perdido para siempre.

La Virgen no hace las cosas a medias.

JULIO ALARCON, S. J.

#### ALGO SOBRE EDUCACION

En una fiesta que celebraban las escuelas públicas  
 en Suiza encontré un colombiano con un yanki en-  
 viado de los Estados Unidos a Europa con el objeto de  
 visitar los establecimientos de educación, para observar  
 sus reformas y adelantos.

A poco de haber entrado en relaciones los dos ame-  
 ricanos la conversación versaba sobre achaques instruc-  
 cionistas y educacionistas.

—¿Qué diferencia encuentra usted, preguntó el co-  
 lombiano al norteamericano, entre la educación de su  
 país y la de los pueblos latinos?